

2. La dehesa

2.1. INTRODUCCIÓN

La dehesa ha sido, y es sin duda, el agroecosistema con mayor extensión territorial de la comarca. Su importancia es evidentemente desigual según se trate de los pueblos de la sierra, donde es el paisaje dominante, o de la penillanura, en la que sólo aparece hacia sus límites con la unidad geográfica anterior.

Aunque en siglos anteriores las encinas se enseñoreaban también de las tierras llanas de la penillanura, en las dehesas boyales, baldíos, tierras de propios y del común, pero también en otras fincas, el proceso desamortizador y la intensificación agrícola posterior al mismo supusieron la casi desaparición de las quercíneas de este terreno más bonancible del llano y su conversión en un paisaje de tierras calmas y viñas sobre todo. Este proceso es la plasmación territorial de la penetración de la economía capitalista en el campo extremeño y alcanza especial relevancia a finales del siglo XIX y principios del XX. No obstante, para los intereses de este trabajo, queremos insistir en que en los años cincuenta la localización de las dehesas era, a grandes rasgos, la misma que la actual y que puede verse en el volumen de esta misma colección referido a la naturaleza en Tentudía.

Las principales diferencias respecto a los años cincuenta refieren sobre todo en a las dehesas de las zonas de mejores suelos, a las de la penillanura, donde tras la crisis de la agricultura tradicional, hacia los años sesenta, se arrancaron algunos encinares, sobre todo en Fuente de Cantos. En diversos lugares de la zona de confluencia con la campiña se descuajaron encinas a partir de esa década para permitir el laboreo, proceso inverso al que hoy en día se da en muchos casos. En la zona de la sierra el proceso no fue tan importante, aunque puntualmente desapareciera algún encinar, pero de escasas dimensiones. Más común fue el aclarado de algunas dehesas, eliminando bastantes pies de encinas, cosa que aun lamenta buena parte de los lugareños.

La razón de la diferencia entre sierra y penillanura hay que buscarla en la distinta calidad de los suelos, en la aptitud agrícola del terreno³. Así, en la Sierra Morena y sus estribaciones, la pendiente hará que predominen los procesos de erosión, dando lugar a tierras cortas, de escaso desarrollo, lo que agrava el problema de la pobreza del suelo, derivado de un sustrato geológico de rocas ácidas. Además, todo ello se da en un entorno de clima relativamente árido, de escasas lluvias, heladas invernales y acusada sequía estival que coinciden con altas temperaturas. La pendiente enfatizará la incapacidad de estos suelos cortos y materiales impermeables para retener el agua y la humedad y dará lugar a suelos de poco desarrollo y contenido en materia orgánica, con las evidentes consecuencias agrológicas (Acosta, 2001; Parra, J., 1992). La vegetación climática será el bosque mediterráneo, la vegetación durilignosa, de hoja perenne y sistemas de raíces que busquen la humedad del suelo en profundidad. No se puede esperar en este contexto la producción anual de grandes cantidades de biomasa, la maximización de un solo recurso, ya sea trate de granos o de prados permanentes. La manera de sacar partido a un medio con severas constricciones de suelo y clima es optimizar la producción del mismo mediante un sistema de uso múltiple del territorio que garantice cantidades discretas pero continuadas de una gran variedad de recursos, buscando la complementariedad entre ellos, el reemplazo y el escalonamiento temporal y espacial.

De esta forma, la dehesa es un sistema de uso múltiple del territorio en su más cabal sentido, no es una simple coincidencia de usos, pues articula de manera consciente una serie de aprovechamientos en un sistema global que busca la complementariedad entre ellos y los beneficios mutuos. Se integra así la ganadería, la agricultura y la explotación forestal y cada una de ellas con usos, actividades y especies diversas, lo que da mayor complejidad y estabilidad al sistema. Las diferencias con la campiña y las virtudes y potencialidades de la sierra y las dehesas nos las hace ver este trabajador de Fuentes de León:

“...las máquinas, hombre, en estos cerros no pueden andar en muchos sitios, pero en tierras llanas que son las que producen. Aquí ¡¡qué coño va a producir!! Decimos que no produce, sí que produce, esto produce más que las campiñas esas porque la campiña la siembra y acabaste, aquí tienes la bellota, tienes la yerba, si quieres sembrar algo también puedes sembrarlo, tierra más productiva porque dan una pocas de camás, de cosechas. Ahora, si de aquí sale el trigo de a ocho, allí sale de a veinte“

B. J., Fl⁴.

(3) No obstante, hay que resaltar algunas salvedades, por ejemplo en los alrededores de Montemolín, tierra desarbolada, la calidad del suelo no es mayor que en los alrededores de Pallares, en los que sin embargo se asienta la dehesa. Ello puede ser debido a la mayor antigüedad e intensidad del asentamiento en Montemolín, a la mayor presión de la población y la consiguiente intensificación agrícola.

(4) En las citas de los informantes las primeras letras corresponden al nombre de los mismos y tras la coma aparece la abreviatura del pueblo: Bv para Bienvenida; Bd, Bodonal de la Sierra; Cv, Cabeza la Vaca; Cl, Calera de León; Fc, Fuente de Cantos; Fl, Fuentes de León; Mn, Monesterio; Mt, Montemolín; Pl, Pallares; SM, Santa María y Sl, Segura de León. Se incluyen citas de personas de Puebla del Maestre (Pm) que tenían tierras o trabajaban en Santa María o Pallares.

Pero, además, no podemos concebir la dehesa como un agroecosistema aparte de los otros, separado de ellos, pues se trataba en muchos casos de una de las geofacias de un geosistema, compuesto por los otros paisajes y usos productivos de cada pueblo, o incluso de la comarca, relacionados entre sí no sólo a través de la comercialización, del intercambio monetario de las producciones, sino también desde el punto de vista de la circulación de materia y energía, de insumos para la producción, como se verá más adelante. Fincas de dehesa, campiña, olivar u otras podían ser en algunos casos parcelas de una misma explotación, entre las cuales existía una fuerte interrelación, circulación de trabajadores, ganado y productos, y eso ocurría tanto dentro del territorio de cada pueblo como entre pueblos distintos o entre la sierra y la campiña. Especialmente entre los grandes propietarios, encontramos cómo muchos de ellos tenían tierras en la sierra y la penillanura (ya sea en Fuente de Cantos o Bienvenida, ya en los Llanos de Llerena, por ejemplo)⁵.

Para conocer el complejo entramado de usos, aprovechamientos y procesos de trabajo que era la dehesa, empecemos hablando de los recursos que más diferencian y singularizan al agroecosistema, los forestales.

(5) Ni que decir tiene que este hecho no es privativo de nuestra comarca sino que acontece en las tierras donde lindan las sierras y los llanos. Así sucede con las dehesas del Valle de los Pedroches, en la Sierra Morena cordobesa y las tierras calmas y de pastos de la Serena, en que los dueños de tierras buscaban tener fincas en la Serena y viceversa, dando lugar a complementariedades parecidas a las que veremos en nuestro caso, como nos señala el antropólogo Juan Agudo Torrico que desarrolla actualmente investigaciones en aquél territorio.

2.2. LOS USOS FORESTALES

2.2.1. La arboleda

La arboleda era el elemento más característico y singular de la dehesa, el que más lo diferenciaba de otros paisajes agrarios. Su valor ecológico era grande, pues los árboles constituían los nodos de madurez del agroecosistema, los representantes del bosque mediterráneo original, y tenían funciones de control de erosión, regulación térmica, refugio de fauna y aumento de la diversidad de especies en el pastizal. Pero, desde una perspectiva más tangible económicamente, los árboles suministraban bellotas, ramón y hojas como alimento directo para el ganado. Indirectamente contribuían a la alimentación de los animales mediante la mejora de los pastos a través de sus aportes al suelo, dosificación del agua, protección frente a heladas, provisión de sombra y mantenimiento de la humedad o frescura, alargamiento del verdor de la hierba y diversificación de la composición del pastizal, dotando de valor estratégico para la alimentación a ciertas especies vegetales. Además, su efecto atemperador y de refugio ante inclemencias, ya sean de frío, calor, lluvia o viento, era de gran importancia. La arboleda era la fuente de energía por excelencia en la economía de aquella época, ya fuera en forma de leña para las candelas, carbón o cisco⁶. Asimismo era interesante el suministro de madera y ramas para la construcción y para otras aplicaciones como la obtención de palancas, aperos de labranza o enseres domésticos. Finalmente, era muy interesante la producción de corcho de los alcornoques.

Además de la importancia económica para las fincas por todas estas producciones y de su traducción en jornales para los trabajadores, estos últimos hacían uso de la arboleda, así como del matorral, para otros fines mediante la

(6) En la zona se le llama indistintamente cisco o picón, aunque en la parte occidental se suele decir sólo picón.

extracción de ciertos recursos, como veremos. De esta forma la arboleda y el matorral daban lugar a un campo de confrontación de primera magnitud entre grupos sociales. En torno a ellos se daban de manera explícita las principales tensiones sociales, debido a la importancia económica que para propietarios y trabajadores tenían los recursos forestales y su uso.

2.2.1.1. Los árboles y su manejo

Las quercíneas constituyen la vegetación arbórea potencial de la mayor parte de la zona. Encinares y alcornoques forman parte de lo que Rivas Goday denominó vegetación durilignosa, dentro de la cual se incluyen tanto el bosque (durisilva) como el matorral mediterráneo (durifrucciceta). Los robles que están presentes en la comarca pertenecen al tipo de formación vegetal que denominó aestilignosa y los quejigos a una forma de transición a esa aestisilva, la aestidurisilva. Para adaptarse al calor y la sequedad, los árboles de la durisilva son de hojas esclerófilas, pequeñas, coriáceas, con tonalidades mates, del gris al verde oscuro, con estomas concentrados en el envés, rehundidos y protegidos por pilosidades o escamas y todo ello para controlar la transpiración. Los fustes se ramifican pronto, no superando los 20-25 m de altura y dando lugar a formas globulares. Al ser el factor en mínimo no la luz sino el agua, a lo que tienden no es a competir en altura, sino a proteger la mayor cantidad de suelo posible frente a la radiación del sol. En un contexto de aridez, su sistema radical es poderoso, amplio en superficie y profundo (Rubio, 1989: 35-36). Así, la encina tiene raíces pivotantes, de rápido crecimiento inicial y es capaz de producir brotes de cepa y de raíz. Los árboles buscan acumular cuanto sintetizan en forma de tejidos resistentes al frío, calor o sequía. Su madera es dura y difícil de trabajar y presentan cortezas protectoras gruesas, cuyo ejemplo más sobresaliente es corcho del alcornoque (Montoya, 1989:17).

Por el tipo de suelos y clima, las encinas podrían estar presentes, salvo contadas excepciones, en prácticamente toda la comarca. Sólo la mayor aptitud de algunos suelos para usos no forestales habría hecho que se fuera eliminando la vegetación de quercíneas para desarrollar otros cultivos. Dicho esto, podría aseverarse que de la encina, más que su presencia, habría que explicar las razones concretas de su ausencia en algunas zonas. Caso diferente es el de los alcornoques, quejigos y robles, las otras quercíneas que se encontraban sólo en ciertos lugares, debido sus requerimientos ecológicos. Pero vayamos por partes.

La encina, en nuestro caso la *Quercus rotundifolia*, propia de todo el suroeste ibérico, está bien adaptada a suelos cortos y más bien ácidos o silíceos, como lo son los de la mayor parte de la sierra, pero también se desarrolla en los calizos y neutros. Sólo encuentra problemas en suelos salinos, que no se dan en la comarca, y en los encharcables, y se alejan de los cauces, por el efecto vaguada que se observa en la dehesas. Si no aparece en suelos de mayor desarrollo, como los de ciertas zonas llanas, especialmente de la campiña, es debido a que sobre ellos se

ha preferido levantar agroecosistemas de producción más intensiva. En cuanto a pisos bioclimáticos y ombroclimas, es apta para ocupar todos aquellos que se dan en la zona, aunque en los más frescos y húmedos tenga la competencia de los robles, quejigos y alcornoques. Una información bastante interesante acerca de la distribución de las quercíneas en la comarca es la que nos ofrece el *Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz* (Gobierno Civil de Badajoz, 1948).

**CUADRO 4. SUPERFICIE OCUPADA POR ENCINAS Y
ALCORNOCOS EN LA COMARCA EN 1948**

	Ha. Encinar	Ha. Alcornocal	% superficie ocupada por quercíneas
Bienvenida	100	-	1,08
Bodonal S.	3530	15	52,09
Cabeza V.	3700	800	70,42
Calera L.	3.280	1.113 (Alcornoques y robles)	47,40
F. Cantos	1.369	-	5,53
Fuentes L.	6.870	470	67,12
Montemolín	9.328	39	49,44
Monesterio	15.000	1.100	44,83
Segura L.	5.502	465	56,07

Elaboración propia a partir de GOBIERNO CIVIL DE BADAJOZ. 1948. *Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz*. Badajoz.

La eliminación de los árboles por la dedicación a cultivos herbáceos y viñas en la campiña es la que explica la escasísima presencia de encinas en Bienvenida, sólo en algunas áreas de malos suelos y hacia la zona de su pequeña sierra y en Mata Negra, ya en Usagre. En Fuente de Cantos se hayan concretamente en la dehesa de Mejía, ya queriendo entrar en la sierra, hacia Calera, aunque hubiera encinas en el extremo del término que busca el de Llerena y también unos encinares, arrancados hacia los años sesenta, en término de Fuente de Cantos pero entre Calzadilla y Medina de las torres. En Montemolín sucede algo parecido, pues las fincas de encinas con las que este pueblo ha tenido más relación han sido las de las dehesas asentadas ya en la Sierra Morena, fundamentalmente La Casita y Gallicanta, hacia el este del río Viar y las linderas del Arroyo Corchero, que marca la frontera ecológica con las áreas de sierra de Pallares. Por ello la superficie de encinar que aparece adscrita a Montemolín es aquella en torno a las aldeas de Pallares y Santa María de Navas, mientras que en torno a Montemolín predominan las tierras de labor y de pastos desarboladas. En el resto de pueblos, las encinas son las que dan identidad al paisaje.

En el resto de pueblos, en los de la sierra, predominan las quercíneas, con más o menos la misma proporción de encinas en todos ellos. Las diferencias estarían, en cuanto a lo forestal se refiere, en la superficie ocupada por alcornoques y robles,

pero aquí volvemos a toparnos con otro problema estadístico, cual es el que aunque aparezca un apartado en el *Plan de Ordenación* para consignar las extensiones mixtas de alcornoques y encinas, en ningún pueblo se nos ofrecen datos de este tipo de formaciones, aunque las hay. En efecto, muchos de los alcornoques de la zona no aparecen en formaciones monoespecíficas, sino mezclados con encinas y, en algunos casos, con otras especies, como por ejemplo los quejigos o los robles. Esto último, la asociación de alcornoques y robles es lo único que aparece expresado para el caso de Calera, aunque robles encontramos también en Cabeza la Vaca y, de manera muy marginal, en Monesterio.

Entrando ya en el caso del alcornoque, sus características son parecidas a las de la encina, salvo que huye de los suelos calizos, cosa que no hace la encina, y tiene mayores requerimientos de humedad. Así, el alcornoque prefiere precipitaciones anuales entre los 600 y 900 mm, cosa que se da en las sierras más altas y en la parte occidental de la comarca. En una zona mayoritariamente silíceo como es la nuestra, el carácter calizo de los suelos tiene una importancia secundaria para explicar la presencia o ausencia del alcornoque, siendo el principal factor de localización el clima. Por tanto, la mayor extensión de alcornocales se da en Monesterio, tanto por la extensión de su término como por estar parte de él enclavado en torno al macizo de Tentudía y hacia las sierras andaluzas, como es el caso de las grandes fincas de El Santo y los Endrinales, de gran cantidad de alcornoques en asociación con encinas y quejigos, en las proximidades de Santa María de Navas.

Con casi la misma extensión, aunque consignando juntos alcornoques y robles, aparece Calera, y después Cabeza, ambas poblaciones con alcornocales localizables preferentemente en torno al macizo de Tentudía y su cadena de Sierras y en el caso de Calera con la enorme finca de La Vicaría, ya asentada tanto en la sierra como en las tierras más llanas junto a Cala, como emblema de la producción corchera⁷. Superado ya el macizo, el alcornocal se retrae y aparecen Fuentes y Segura, con extensiones más modestas y casi siempre entreverados los alcornoques con las encinas, pero explicable su presencia por la existencia de algunas sierras y la ubicación de estos términos más próxima a la más fresca sierra de Huelva. En Fuentes, a pesar de lo propicio de su clima para el alcornoque, con las mayores precipitaciones de la comarca, hay que tener en cuenta la existencia de una significativa zona caliza, que evita el calcífugo alcornoque. Finalmente, en Bodonal, más llana, sólo tiene una representación minúscula éste árbol.

Aunque no puede aparecer consignado en la tabla, hay que señalar que en la zona del levante de los municipios orientales que aparecen con alcornoques, no encontramos estos árboles. Es decir, en el oriente de Monesterio, Calera, Segura, Fuente de Cantos y Montemolín no hay apenas alcornoques, debido a ser zona más llana y más seca. Ya dentro de las zonas en que se da el alcornoque, cuando aparece junto a la encina, aquél ocupa de preferencia las umbrías y fondos de valles. Además, al ser un poco más exigente en suelos, la encina lo desplaza en

(7) En la comarca, y aún más allá de sus confines, para referirse a una persona bruta se suele decir de ella que tiene mucha corcha y como máximo exponente de ello se dice "tiene más corcha que la Vicaría"

zonas más rocosas y pedregosas (Montoya, 1980:44).

El quejigo únicamente lo encontramos en una pequeña área hacia Santa María de Navas, pero sólo con ejemplares salteados entre encinas y alcornoques en las sierras, sobre todo en las umbrías y fondos de valles. Las exigencias de humedad son las que señalan su ubicación, ya que se trata una especie del grupo de transición de vegetación aestidurilignosa. Es especie que también nos evidencia un clima algo más frío. Ahora bien, su ausencia o discontinuidad en zonas donde ecológicamente se daría tendría que ver sobre todo con su eliminación por parte de los humanos en favor de especies más interesantes productivamente, como la encina y el alcornoque. En calidad de bellota, leña o corcho no puede competir con las otras dos especies y su principal ventaja está en lo estratégico de sus bellotas, más tempranas que las de la encina. Ahora bien, la presencia de las tres quercíneas en esas zonas, estratégicamente planteada, tenía la enorme ventaja de conseguir diversificar las producciones y alargar en el tiempo las montaneras, como hemos de ver.

Los mestos, o híbridos de algunas de estas quercíneas como fruto de la polinización mutua, presenta troncos más lisos que las encinas y hojas más verdes, son infrecuentes y constituyen por su singularidad poco más que hitos en las fincas, conociendo los lugareños su ubicación y sirviendo a veces de referencia espacial.

Una última cuestión en relación con las quercíneas es la presencia de los robles rebollos o melojos, especie propia también de la vegetación aestidurilignosa, que debe su presencia a la mayor humedad de las zonas donde se asienta. Se localiza el roble en el macizo de Tentudía y en una reducidísima área cerca de Monesterio en dirección a Pallares. En algunos casos, al ser ejemplares salteados, sin llegar a crear formaciones cerradas o monoespecíficas, no daban lugar a un manejo diferencial de la finca, no existiendo apenas diferencia entre esas dehesas y otras de encinas o alcornoques. En el caso del macizo de Tentudía se trataba más bien de pequeños bosques de árboles y/o rebollos, no de dehesas. La mayor masa de robles fue eliminada en los años cuarenta para plantar pinos, conformando los actuales pinares de la Sierra de Tentudía.

Vista la ubicación de la arboleda, pasemos ahora a ver su manejo en la época de estudio. En efecto, como venimos repitiendo, la dehesa es el resultado del aclarado del bosque mediterráneo primigenio. El aclarado refiere tanto a la eliminación del matorral que acompaña a los árboles como a la supresión de pies de árboles para favorecer el desarrollo del pastizal. Hemos visto que la estrategia de los árboles mediterráneos, que no tienen su factor en mínimo en la luz sino en el agua, en la humedad, no es crecer en altura sino cubrir con sus ramas la mayor cantidad de suelo posible para dar cobijo a sus renuevos y su cohorte arbustiva. El aclarado rompe esta estrategia y los procesos de estabilidad y madurez del bosque mediterráneo, aunque quedan como parte fundamental de la dehesa los árboles, los elementos más maduros. Para permitir un uso múltiple, forestal, agrícola y pascícola, había que ponderar la proporción de árboles y la superficie cubierta por sus copas. La mayor o menor densidad de arbolado era fundamental para determinar la producción de los otros usos y la composición y desarrollo del pastizal. Asimismo,

inflúa la calidad de los suelos, la pendiente, etc., habiendo una menor cobertura allá donde el interés agrícola y pascícola fuera mayor, o una mayor densidad de arboleda, por ejemplo, en zonas quebradas, cosa además deseable para una mayor protección del suelo. Tampoco era igual la densidad en alcornoques y encinares, siendo más frecuente un marco de planta menor en los alcornoques, al menos allá donde la producción corchera fuera interesante y no resultara importante detraer esa superficie a los cultivos o a la producción de pastos. De ahí los magníficos alcornoques, por ejemplo, en La Vicaría, en zonas llanas en que los alcornoques dan sombra a todo el suelo. Con ello aumentaba también la humedad, factor importante para el desarrollo de este quercus.

El aclarado es un proceso de artificialización del agroecosistema, no sólo de su fisonomía y de su funcionamiento, sino también de su genética. Tomando como base el bosque mediterráneo original, se fue conformando un paisaje artificializado, en que se seleccionaron los árboles más interesantes desde el punto de vista productivo. Si el aclarado en sí suponía ya simplificación, también lo era la selección de unos pies y no de otros, primando la expansión de ejemplares de unos mismos padres, disminuyendo la posibilidad de cruces y de diversidad genética y aumentando la autofecundación (Montoya, 1989:12). Conviene tener esto presente para huir de planteamientos meliorativos desde el punto de vista ecológico en torno a la dehesa pero para tener claro también que, si la comparamos con otros sistemas más fuertemente modificados, el grado de biodiversidad y diversidad genética era siempre mayor, y su interés ecológico más crecido.

Para conocer la dinámica de la arboleda, fijémonos primero en el desarrollo de los árboles y en sus cuidados, comenzando por la regeneración. El mecanismo fundamental para el renuevo de la arboleda era el resalveo, el ir seleccionando algunos renuevos que iban naciendo en el suelo para conducirlos hasta llegar a ser árboles. La siembra de bellotas de encina era algo bastante inusual. Por aquellos entonces no hubo ninguna repoblación de terrenos con bellotas o plantones de encina. Cuando se sembraron bellotas fue de una manera poco sistemática, cual es el caso de algún propietario o empleado, por ejemplo pastor o porquer, que alguna vez enterró bellotas con el bastón o garrota cuando estaban con el ganado. Cosa distinta era la del alcornoque en que, además del resalveo, se sembraban alcornoques de bellotas, ya que estos árboles son más delicados por lo que a regeneración se refiere.

“Los alcornoques se crían antes que las encinas pero tardan más en dar fruto. Y el alcornoque se lo come mejor el ganao que la encina, y entonces lo castiga mucho el ganao y es más difícil que tire p’alante una mata. La bellota es al contrario, se la comen antes la de la encina.”

M. F., SI.

“Se sembraba más alcornoque porque la encina siempre el chaparro sale solo, entre la que se cae y eso, siempre se ha levantao el chaparro y se han

criao ellos, pero el alcornoque no se ha criao nunca solo, ha visto⁸ que enterrarlo. Salen solos pero mueren muchos, esos no valen. El de la encina se llama primero carrasco y es mucho más fuerte cuando viene de abajo y el alcornoque es más flojo. El de la encina nace solo y cada vez viene cogiendo más fuerza y cada vez se va enraizando más en la tierra.”

D. A., Mn.

“Si tenías un encinao pa renuevo, tenía que reservarse de que las cabras pastaran allí, si querías hacer un encinao no las llevabas. No se le ponía na alreó. Lo que se hacía era eso, que en la finca en una cerca que tenía poquitos árboles, poquitas encinas, a lo mejor sembraba el amo de la finca, que entonces se sembraba con un sacho, pegabas una cavachá y soltabas una bellota y tapabas el bujero. Era mu frecuente. La Cabecita, lo que tienen los Medina, tos esos alcornoques y encinas primeros que hay, pos eso lo he conocío yo al dueño bajarse de la burra, amarrar la burra en una bajera. Lo hacía por sectores, donde menos arbolea había, aquel día echaba el rato y se liaba a dar a cavachás a la marca que él marcaba de una a la otra y cuando le parecía gastaba una cesta de bellotas que le veía a él en la mano y eso lo conocí yo así y mira los alcornoques que hay. Eso hace sesenta años, alreó.”

M.S., Sl.

Salvo esto, en todos los pueblos coinciden las gentes en repetir que la regeneración era por selección de rebrotes. Estos nuevos plantones podían provenir de bellotas caídas en el goteo de los árboles, que habían llegado a los claros rodando por la pendiente o llevadas por animales, como el ganado o los pájaros, cual es el caso de palomas, arrendajos, etc. El pisoteo o la hozadura de los animales y las labores de cultivo podían ayudar a enterrar las bellotas. Por razones de diversidad genética, de polinización cruzada, y por la mayor cantidad de años durante los que puede seguir produciendo fruto, el brote de bellota es más interesante que el de raíz o cepa, pero no hemos constatado que, salvo los contados casos de siembra, se supiera la procedencia de los chaparros y, por tanto, se cuidara de ello. Este tipo de regeneración no presentaba problemas, debido a la gran capacidad de brote de las quercíneas, siempre que no hubiera un laboreo intensivo ni cargas ganaderas excesivas, cosa que no solía ser el caso. Si las labores de reja servían, entre otras cosas, para controlar el matorral, en ellas se tenía buen cuidado de ir dejando resalvos en los lugares que se considerase, en rodales, espacios sin algún árbol, o junto a los pies que se vieran ya en proceso de envejecimiento o deterioro. Por lo que hace a la observancia del respeto a los posibles renuevos, el único problema del que nos dan cuenta las conversaciones con las gentes es el de conflictos ocasionales entre los colonos o *pejualeros* y los dueños o guardas de las fincas, cuando los aparceros no tenían cuidado, con el arado o la roza, y se llevaban por delante los posibles renuevos, buscando a veces aprovechar la mayor cantidad de terreno para cultivar y sin estorbos. Cuando el cultivo era directo no tenemos

(8) En estas zonas de Extremadura para el pretérito perfecto del verbo haber, en lugar de *ha habido* suele utilizarse *ha visto*, probablemente derivado por reducción de un *ha havisto* que no refiere al verbo ver.

constancia de problemas de este tipo. Como veremos, también los dueños y guardas perseguían bastante que los trabajadores cortaran chaparros, o incluso carrascos, para leña.

De las *machorreras* o *matorreras*,⁹ que es como aquí se suele llamar a un conjunto de matas de escaso desarrollo que salen juntas en un pequeño espacio, a un conjunto de carrascos pequeños, se iban dejando algunas, dos o tres brotes, para ir conformando chaparros. Convenía dejar un cierto número de ellas por varias razones: para proteger del ganado a algunas, para repartir el riesgo de pérdida y para poder elegir entre aquellas que sobreviviesen, seleccionando al final a la que pareciera mejor para guiarla definitivamente y formar el chaparro y luego la encina.

“La encina, si había claros y nacía alguna carrasquera, pos se cūidaba, se dejaba con toa... Pa que el bicho no le diera mucho dejabas to el bosque, el matorral. Cuando ya tenía cinco o seis años, que era un poco alto, entonces dejabas el pie que mejor estuviera p’arriba. Eso sale mucho por las raíces o por bellotas, muchas estaban sembrás, se entierran las bellotas y nacen. Cada cinco o seis años se limpiaba la encina.”

B. J., FI.

Una vez dejados los futuros chaparros, el principal enemigo era el ganado, sobre todo la cabra, por lo que se debía evitar el pastoreo junto a los renuevos o tener mucho cuidado con los animales.

“Antes se criaban más alcornoques y más encinas porque había menos vacas. En el año de barbecho y en el de sementera, la planta se ponía como la puerta¹⁰ y ya la oveja no le hacía na y, como cabras no había muchas, el alcornoque se criaba y la mata de encina, como había muchas, pos las ovejas por abajo se la comían y las vacas había pocas, pa que comieran toas sin tener que castigar a las demás. Y sobre to eso, los dos años que no entraba el ganao (...) Pero vamos que las encinas y los alcornoques se siembran con las bellotas y mira donde no hay bichos en un par de años... La encina se hace carrascosa y tarda más en tirar pero los alcornoques en dos años se ponen, pegan el estirón. Las plantas dos o tres años tardan en profundizar la raíz pero una vez que coge lo suyo, eso pega un estirón...”

M. F., SI.

Con ocasión de la poda de los árboles, que por aquí se llama tala o limpia, se eliminaban los renuevos que se estimase y se dejaba sólo aquellos que se iban a convertir en encina. Cuando tenían al menos medio metro se les daba una poda de formación, que consistía en ir cortando los brotes inferiores de las ramas, ir *resubiendo* el chaparro, abrirlo por el centro para, con el tiempo, dejarlo en dos ramas y hacerle una pequeña limpieza que lo hiciera crecer más y mejor. Se buscaba

(9) En algunos lugares, por ejemplo Pallares, a los brotes que salen bajo las encinas se les llama también zalea.

(10) Se está refiriendo a la altura de la puerta de la habitación en que se desarrolla la entrevista.

a la larga aplanar y extender la copa, para hacer más fácil la poda y el vareo y aumentar la producción de bellota (Montoya, 1989:106). Dejarla en dos ramas servía también para conseguir algo fundamental en las encinas, abrirlas por el centro para que les entrase el sol.

“...cuando iba saliendo p´arriba se le daba forma. Si puedes lo vas poniendo un poco derecho. Aquí tenemos la costumbre de dejarlos redondeaos porque tenemos la costumbre esa. Lo de arriba no se lo cortamos nunca, se le va quitando las ramas que le estorban que ya vienen otros detrás pa cubrirlos. Interesa quitarle leña porque las encinas... como si una cochina tiene diez guarros y los dejas tos y tiene que dar leche pa los diez, y si le dejas cinco ya sabes que sólo tiene que dar leche pa los cinco, pos lo mismo le pasa a los árboles, las ramas que le quedas.”

Z. J., Bd.

“La encina chica tienes que empezar a formarla, que vaya abriéndose, cortándole to lo que sea copo en el medio, que esté redonda. El chaparro cuando ya es grande se empieza a formar, lo vas cortando, no le puedes meter mucha jarilla porque es chico, pero ya se empieza a cortar del medio pa que se vaya abriendo. Se abre a una altura como tu cabeza pero como luego crece hay unos que espigan más y otros menos. Si tiene menos fuerza se queda más pequeña y si eso el tronco crece luego también bastante.”

S. F., Fl.

No obstante, algunos señalan la conveniencia de dejar la cruz u *horcaja*¹¹ más o menos “a la altura de tu barriga porque si es más abajo quedan mu bajas y, si no, le crece demasiao el tronco”. Limpiar el fuste antes podría ser problemático porque aun no se podría prever el desarrollo del árbol y el ganado podría romperlo al rascarse contra ese tronco (Montoya, 1989: 106).

En el caso de los alcornoques, había que tener mucha prevención en cuanto a la futura producción de corcho, buscando la cantidad y calidad, por lo que se había de procurar dejar un fuste recto y limpio que diese luego planchas de corcho lisas, al igual que se debía dejar de esa forma la continuación de las ramas tras la cruz, para en cada saca o extracción ir *resubiendola* superficie de donde se podrían extraer corcho, aunque sin excederse.

Aunque lugares de buena tierra pudieran sostener árboles de tres ramas, el modelo canónico de encinas y alcornoques de estas tierras era el de dos ramas, abiertas hacia los lados. Por ello, cuando eran chaparros se dejaban varias ramas para luego seleccionar entre ellas aquellas dos que fueran mejores. Había que buscar también que las ramas fueran perpendiculares a la dirección de la pendiente. Con ello se evitaba que por la parte alta estuvieran muy cerca del suelo, al alcance de los animales o impidiendo el tránsito bajo ellas, estorbando por ejemplo el laboreo, y que por el extremo inferior la altura respecto al suelo fuera muy grande, agravando

(11) Horcadura, parte superior del tronco donde éste se divide en ramas. También se dice horcaja a otras bifurcaciones de ramas secundarias y terciarias.

por ejemplo los efectos de una posible caída del podador o *talaó*. También había que cuidarse de no dejar la cruz demasiado alta, dificultando que el *talaó* pudiera subir al árbol.

Para el desarrollo y mantenimiento de la arboleda, y para evitar la competencia de otras especies, eran importantes las tareas de laboreo y desmonte, con las cuales los encinares y alcornoques estaban limpios de maleza y, según los lugareños, recibían beneficio con la labor.

“Se sembraban de trigo y de toas las cosas porque como antes se segaba con la hoz y se podía entrar en tos laos, con las bestias igual. No es malo que se siembre trigo, cebá, ni na de eso, lo que pasa es que tiene más labor la encina, aunque menos producción porque la sombra quita producción pero la encina va mejor porque está labrá y tiene más fuerza, pero entre encina y encina se cría bien.”

“Se araban, cogían labor, porque hoy no se ara una cerca hace ya lo menos treinta años, y eso cae cuatro goteras de agua y sale huyendo la tierra abajo y no percibe siquiera la humedad, y no tiene labor la encina. Antes se laboreaba según, con la tala se iban sembrando, se sembraban dos cercas, pos dos cercas que se limpiaban, cuando empezaban a talar empezaban a barbechar y luego después se sembraba, le metías dos años de labor, entre siembra y barbecho. Entonces daban las encinas más bellotas que dan hoy. Estamos de acuerdo que no llueve pero es que la miaja que llueve, se va al barranco y no se la chupa la tierra, y ni la encina tiene labor, porque la planta quiere toa labor, lo mismo la encina, que la parra, que el olivo, que la higuera, toa la clase de árboles.”

B. J., FL.

Ahora bien, el alcornocal presentaba especificidades en cuanto al laboreo:

“Al alcornocal le viene bien sembrar to lo que sea, menos ararlos el mismo año de la saca porque se le rompen las raíces delgás laterales que son las que alimentan al árbol. Son plantas de la tierra y la atmósfera alimenta al árbol por arriba, es la que trae la vitamina, el agua que echamos abajo está lavá..., si se ara el mismo año y vienen pocas aguas, esa labor se le quita porque el arao en el alcornoque, el olivo, y en tos sitios lo que va haciendo es daño porque va matando la raíz pequeña y es la que alimenta al árbol y las levanta el arao, por lo que tres años antes no se le debe tocar pa que esté bueno y corra la savia y se dé el corcho. Si no lo haces así, a la hora de sacar te traes la casca¹² y le haces daño al árbol. Nosotros mismos empezamos a fijarnos en eso, si se venía la casca, ya to el mundo..., ya pusieron el guarda forestal pa eso y luego el Medio Ambiente..”

C. B., Cv.

Si con el resalveo empezaba el ciclo del árbol, la entresaca lo cerraba.

(12) La casca es una de las películas de tejido que recubren el entro. Entre la casca y el tronco se irá formando el corcho.

Ésta no era, por lo común, una labor específica, sino que con ocasión de la poda o tala se iban eliminando ciertos árboles en la hoja que correspondía limpiar. Con esta práctica se buscaba ordenar la superficie arbolada, dándole el marco necesario para su desarrollo y el de los pastos y cultivos, evitando una densidad excesiva. Mediante la entresaca se eliminaban también aquellos pies que no se considerasen idóneos, por estar secos, enfermos, tener formas irregulares, haber resultado poco productivos o ser su fruto de mala calidad.

“Se arracaban las encinas que fueran en el giro, unas porque se habían estroncao, otras porque estaban secas, otras entallás, que eran las que estaban demasiaio juntas y se hacía la entresaca(...) el marco es que no se toquen con las ramas porque si se tocan unas ramas con las otras ya están estorbándose, y eso depende de los sitios, porque una encina puede tener 17 metros de vuelo en reondo y otra a lo mejor tiene 60. En las tierras de dehesa siempre son más chicas, las tierras blancas, son más chicas porque esa tierra es más corta. Aquí hay unos trozos de encinas exageraos, unas encinas grandísimas, yendo pa Cañaverál, esas ya no hay quien las tale porque no hay hombre que se gatee.”

M. M., SI.

La entresaca, como vimos, suponía una selección y una simplificación, pues se escogían árboles de propiedades precisas primando a los de ciertas características, formas, producción frutera, calidad de la bellota, etc. Ello requería de un conocimiento individualizado de los ejemplares, del que eran poseedoras las gentes del lugar gracias a una relación intensa con el medio, como era el caso de los porqueros que iban con el ganado en montanera y sabían bien cuáles eran las encinas castizas, cuáles las más tempranas o tardías, las de bellota más dulce, etc. Lo mismo podía suceder con los guardas y otros ganaderos y, por supuesto, con los dueños de fincas pequeñas o medianas.

No obstante todo lo dicho, conviene hacer algunas consideraciones acerca de la racionalidad y cadencia de las entresacas. Por una parte hemos constatado algún caso en que se hizo alguna entresaca de toda una finca, por ejemplo después de pasar a manos de un nuevo propietario. Por otra parte, en ocasiones se eliminaban pies que no era conveniente eliminar o no era ese el deseo de los dueños. Si bien el guarda solía ser el que señalase los árboles que se iban a entresacar, veces había que los carboneros encargados de hacer la entresaca, y buscando más leña y de mejor calidad para el carboneo, cortaban a escondidas alguna encina no señalada en alguna gran finca, haciendo, por ejemplo, la carbonera encima. Una última cuestión es la relativa a las entresacas abusivas, que a veces parece ser se hicieron en algunas fincas, en una época en que era muy demandado el carbón, por la escasez de combustible. Aunque algunos sitúan este hecho en la inmediata posguerra, el fenómeno pudo llegar quizás hasta los años cincuenta.

“En las dos o tres cercas esas que tenemos nosotros ahí había siempre algunos carboneros haciendo carbón, me parece que vendía mi padre las encinas a cinco duros, pero en pié, verdes que la caían. A lo mejor la que era más mala pa bellotas y eso se señalaba con un hacha, se le cortaba la corteza y en una cerca

caías diez o doce, y las perras que hacían falta. Unos cuantos de aquí se dedicaban a eso [carboneros], entonces hacían lo que le daba la gana, no había forestales ni na. ¿Quién va a querer la salud mejor que el enfermo?, porque si tú tienes una encina buena ¿qué le vas a cortar?, na. Con lo que valen las bellotas. El abuelo de tu padre vendió pa carbón toas las encinas que tenía en la Jesa Boyal que lindaban con las mías y luego salió un chaparral que él no sabía ni que eran suyos ni na.”

Z. J., Bd.

Como decimos, el arranque o corta de encinas era muy deseable para los carboneros, que iban a medias con el dueño por lo común y eran los que se encargaban de la entresaca. Ahora bien, la economía de la entresaca mostraba diferencias entre fincas en cuanto a quiénes hacían el trabajo y cómo se repartían los beneficios del mismo. En unos casos era el carbonero el que debía arrancar las encinas de cuajo, quedándose con el producto resultante y dando al dueño la mitad del carbón. En otros, el carbonero se limitaba a cortar la encina, dejando las raíces enterradas. De desenterrarlas se encargarían jornaleros que llevarían a cabo esta ardua labor a cambio sólo de las raíces.

“La encina la arrancaba la gente por las raíces, arrancaban las encinas y se llevaban las raíces y a ti [el carbonero) te dejaban las encinas arrancás, con un azaón se arrancaban. Si la gente arrancaba la encina pos la peana¹³ la tenían que meter ellos en el horno pa hacerla carbón con la demás leña. Ahora, si no la arrancaban, ellos cortaban la encina y entonces ya disponían ellos de la peana, era pa ellos.”

M. M., Sl.

“Porque antiguamente se hacía el carbón por la peana, las encinas eran pa el dueño y tú cortabas la encina na más que por la peana, la tenías que sacar tú por tu cuenta luego, lo bueno era pa el amo to y lo que quedaba abajo, que es el tronco, era lo que te quedaba, ese era el trato. La peana era pa ti y lo otro pa el amo. Era un negocio redondo porque hacía el carbón y el otro era el que sudaba to con la peana. Se cortaban las secas, pero claro el tío tenía un chollo, el carbón valía poco pero si le dejaba mil pesetas la encina se las dejaba limpia”

S.F., Fl.

“Hubo la moda de cortar las encinas pa carbón y quien las cortaba se quedaba con las peanas. Yo y otro fuimos una vez y le pedimos unas cuantas de encinas secas que tenían, secas... “Bueno pos arrancad la peana pa vosotros y la raíz y la leña pa nosotros. Con el serrucho de hoja o con la hacha, que todavía es peor porque la encina seca es durísima.”

A. R., Mn.

(13) Peana: base de la encina, parte del tronco que queda en pie una vez cortado el árbol y a la que continúan las raíces.

En cuanto al proceso de arranque de la encina en sí, el procedimiento era el siguiente:

“Y las encinas arrancás, con un azajón, cortándole las raíces y descubriéndolas hasta que tenías cojones pa caerla. ¡¡No pasé yo na pa traerme las raíces!!.”

P. J., Sl.

“Y la peana de abajo, pa quitarla del suelo se quitaba con el azaón y la marra y la cuña, se descubría con el azaón, se sacaba la tierra y se sacaba la peana...”

F., Fl.

“[En el azaón) tenías menos rayo y menos pala. El rayo es lo que corta la raíz y la pala la que cava la tierra, el ojo está en el medio...”

Z. J., Cv.

“Con un pico no podías arrancar una encina, tenía que ser un azaón porque el pico no corta las raíces, se va pa los laos y no hace corte y en la tierra no puedes cortar las raíces con la hacha porque se pone enseguida en malas condiciones.”

F., Fl.

Vista la regeneración, veamos las enfermedades que acechaban a los árboles. Las que mayores quebrantos acarreaban eran las plagas de lagarta una oruga que, si bien no atentaban contra la vida del árbol, sí atacaba a su producción:

“Ha habío fechas que no había bellotas nunca porque la lagarta esa se las comían, esos bichos. Es como un gusanino que le caía a las encinas que estaban en capullos y se comían toa la echá, no las dejaban echar y luego ya vinieron unos aviones y sulfataron esto que aquello daba gloria de verlo. Llegaba a alguna encina suelta que había y le dejaba caer y mataría to. Desde entonces hay bellotas más o menos, hay veces que se hielan también, cuando están bien echás. De la lagarta no se curaban y hubo varios años que no hubo bellotas. Las había de toda la vida, unos años más y otros menos, la lagarta. Ya llegó una fecha que se apoderaron los bichos de las encinas que no había bellotas.”

Z. J., Bd.

Por la comarca se llamaba lagarta tanto a la *Tortrix viridiana*, pequeña y de color verde o grisáceo y que era la más frecuente, como a la *Lymantria dispar*, que en algunos sitios llaman lagarta peluda, de mayor tamaño, y a la *Malacosoma neustria*. Las orugas de todas ellas destrozaban las cosechas de bellota al comer los brotes. Muy temidos también en algunos lugares eran los llamados *lobitos*, también unas orugas que, por ejemplo en Santa María de Navas atacaban a los quejigos, expandiéndose a partir de nidos que colgaban de los árboles y sobre los

que la información e identificación son algo confusas, aludiendo en algunos casos a la lagarta peluda. El único remedio del que hemos tenido conocimiento contra estos *lobitos* era arrancar los nidos con un hocino o quemarlos con un trapo o un algodón impregnado de gasolina y metido dentro de una lata sujeta al extremo de una vara larga. Salvo este caso, no había tratamiento alguno contra estas plagas. Se reconocía eso sí la labor benéfica y preventiva que contra las enfermedades tenía el polvo que se desprendía con las labores de reja, sobre todo la bina, que se hacía en primavera, período crítico para la proliferación de plagas. En ese sentido, el polvo de los caminos y carreteras tenía también esos efectos sobre la producción de los árboles, como atestigua el refrán: “*Si vas a ver una montanera, no vayas por camino ni por carretera*”, pues la producción de los árboles próximos a ellos es siempre mejor que la del resto y puede no ser representativa de la arboleda de toda la finca.

Como se refiere en la cita anterior, a mediados de los años cincuenta comenzó a fumigarse con avionetas, aunque algunas fincas adquirieron máquinas para fumigar, cosa que hacían hacia la primavera, cuando vinieran naciendo los insectos. Estos tratamientos acabaron con los problemas de lagarta, aunque causaron daños a la fauna, de manera más visible a las aves, de las cuales retrocedieron algunas especies, como los acaburdones, gorriatos montesinos o *herreritos* (herrerillos), entre otros.

Una patología de los árboles eran las llamadas en algunos pueblos escobas de bruja, (*Taphrina Krichii*), un hongo parásito por cuya acción algunas ramas adquirían un color amarillento, perdían fuerza y no producían, llegando a secarse. Si no proliferaban, no se les hacía mucho caso y si era necesario se podían cortar con un hocino o con el hacha. Se solía aconsejar limpiar el hacha con que se hubiese cortado la *escoba* antes de dar otro corte, por transmitirse el hongo de esta forma, pero esta norma no siempre se observaba.

Visto el ciclo de desarrollo de la encina y sus problemas, pasemos ahora a ver las labores de mantenimiento de la arboleda, la poda, tala o limpia. Como hemos dicho, los árboles eran los elementos maduros del agroecosistema y con la poda lo que se pretendía era rejuvenecerlos en parte para que no invirtiesen en sí mismos, en su propio mantenimiento y maduración, toda la energía. Con la tala se permitía que siguieran su desarrollo, pero se extraía de ellos energía en forma de leña, ramas y hojas que servían como combustible y alimento para el ganado. A la vez, al reducir la cantidad de ramas, de elementos estructurales del árbol, se conseguía conducir energía a la producción de bellotas y hojas más tiernas, de mayor interés ganadero. Toda poda, todo corte hecho al árbol suponía un riesgo, una puerta abierta a posibles enfermedades y, evidentemente, un acortamiento de la vida del árbol, pero el interés productivo de los resultados era la contrapartida de todo ello y además, como hemos visto, el renuevo estaba garantizado.

Dados los bajos salarios y, en el caso de las explotaciones campesinas, la disponibilidad además de mano de obra familiar, las podas eran sistemáticamente realizadas. Existía un acompasamiento entre las labores de tala y las de labor y, así, el manejo canónico prescribía que se talara en invierno la hoja de erial que tras la poda pasaría a hacerse barbecho para sembrarse llegado el otoño. El clareo de la

arboleda mediante la tala contribuiría a que entrase más sol, más luz a los cultivos.

La poda podría comenzar incluso ya avanzado el verano, en agosto, una vez que no corriera la savia por los árboles, pero esto era algo excepcional, en años espacialmente malos y en algunas encinas. Terminaba en marzo, por San José, en que volvía a correr la savia. Ahora bien, para comenzar la tarea había que esperar a que se aprovechara la bellota. Una vez apurada la bellota por los cochinos podía empezar la tala. Sin embargo, en años en que no hubiese bellota, o en árboles que tuvieran poca, se podía adelantar la tala para ir dándole el ramón al ganado, a los herbívoros. En años excepcionalmente malos de comida incluso en verano se llegaron a talar encinas, pero no era lo usual. En efecto, en todos los pueblos y de manera bastante regular era pasadas las Navidades cuando empezaba el tiempo de la tala, que principiaba por aquellas cercas u hojas en que se había adelantado el aprovechamiento de la bellota por los cochinos para ir dando paso a las otras especies ganaderas:

“Se empieza a limpiar ya en enero, cuanto empiezan a desocupar alguna cerca se limpia. Primero los guarros se van comiendo la bellota, luego se van dando cercas a las vacas y se van limpiando, en ese tiempo que no hay yerba, está el tiempo frío, las helás y eso, como no tienen mucha comía en el campo pos las vacas se comen las ramas mu bien. Luego ya cuando llega marzo te cierran ya la corta, una ley que hay de siempre. Ya en marzo empieza a echar la encina, está en celo y eso ya es malo de talar ya, la casca se despega ya de la madera, y en enero está to eso pegao, y en marzo al pegarle el corte se desprende la casca de la leña, y eso es malo. Corre la savia, como te vean talando te denuncia ya el forestal, lo mismo ahora que antes. El forestal lo he conocío yo de siempre, lo que pasa que ahora hay más forestales, y te vigilan más, antes había años que venían y otros que no venían ni siquiera en to el año, hoy está el forestal to los días por los campos.”

S. F., FI.

La tala era a la vez poda de mantenimiento y de producción. Al mismo tiempo que se iba podando el árbol para que se mantuviese en buen estado y tuviera aptitud para dar fruto y ramas, al talar se conseguía una producción de ramón y leña. La poda contribuía a darle una forma adecuada y a su desarrollo y a eliminar ramas deterioradas o de poca producción y las que estorbasen o pudieran desdecir de la estética y equilibrio del ramaje. En todos los pueblos se reitera que el árbol debía quedar redondeado, equilibrado, sin portillos, es decir, sin huecos por alguno de sus lados.

La única herramienta para la poda era el hacha, de distinto tamaño, una grande para cortar ramas de cierto grosor y otra pequeña para ir limpiando, cortando ramitas pequeñas e ir espurgando. Se podía tener una escalera de madera para subirse a las encinas, aunque a veces se empleaba para ello una rudimentaria escalera, en algunos lugares llamada burro o burriquete, una y griega invertida hecha de la horcaja de alguna encina, a la que se le había hecho una serie de cortes para ir poniendo el pie, a modo de mínimos peldaños.

“Pa subirse se hacían unos burriquetes de palo de las mismas encinas que

llega al techo. El burriquete es una tranca que se le hacen escalones con el hacha.”

P. J. y F. D., Cl.

Lo esencial en la poda era decidir qué rama cortar y no hacer cortes en ramas de gran grosor, que no *repurgan*, es decir, no pueden cicatrizar. En cuanto a lo primero, se destaca en la zona el componente de inteligencia y discrecionalidad del *talaó*, el saber de la tala como un conocimiento no exento de arte, de estilo. Se trataría de la capacidad para decidir en cada encina, siempre única e irrepetible, qué ramas convendría cortar. En ello se compara a veces el hacer del *talaó* con el arte del barbero a la hora de cortar el pelo. Pero, singularidades aparte, había que conseguir que el árbol quedara redondo y hacer que las ramas no se entrillasen o entallasen, es decir, que no se estorbasen unas a otras, al estar apretadas.

Otra cuestión fundamental era que allá donde se previese que iba a faltar alguna rama, a quedar algún portillo que dejase sin cerrar el árbol por algún lado, se dejase un chupón, una rama nueva, para que con el tiempo llegara cubrir ese espacio desguarnecido. Si en la encinas había que abrirlas por el centro para que les entrase el sol, en el caso de los alcornoques había que buscar lo contrario, que el sol no entrase por el centro, por arriba, y no castigase al corcho. Por otra parte, no se debía dejar ramas verticales, que subieran hacia arriba, entre otras cosas porque dan poco fruto, pero además porque harían dificultosa la subida para talarlas. Si esto sucediese en el centro del árbol, harían a su vez de sombrero, impidiendo que entrase la luz al árbol, por eso se recomendaba eliminar esos sombreros en las encinas. Antes de limpiar las ramas que se iban a dejar, lo que se hacía era proceder a cortar las que se hubiese decidido eliminar, para que no molestaran en las operaciones. Cuadrar el árbol, darle la forma proporcionada, precisaba a veces de diversas perspectivas y había de mirarse desde arriba del árbol y desde abajo, para lo cual se podía contar, cuando era más de un *talaó*, con la ayuda de algún compañero y/o del manijero.

En la poda se limpiaba el árbol de ramas que no dieran buen fruto, que estuvieran secas o no en su pleno verdor, cual era el caso de las ramas inferiores, a las que menos le daba la luz, y que podían estar también a merced del ganado, o por lo menos de las vacas en algunas ocasiones, aunque un informante nos apunta lo siguiente:

“La vaca levanta mucho la encina, y ahora están mu altas, pero no vas a tener una finca sin meter las vacas, lo que tienes que hacer cuando la limpias es no levantarla mucho porque ya te la levantan la vaca.”

M. F., Si.

En relación a la otra cuestión, los cortes podían significar la muerte del árbol, como nos revela el grafismo de la siguiente cita:

“Una encina se puede secar como una persona moza se puede morir, dice el refrán que “el mozo se puede morir pero el tío viejo no puede vivir”. Una encina

a lo mejor se seca pero toas las encinas no se secan y la muerte de ellas son los cortes [...] la muerte de los árboles es cortarles mientras más gordo peor, porque eso se va pudriendo. Luego, al pudrirse queda hueca, aquello se llena de agua, se va metiendo p´abajo, un año y otro año y otro año, hasta que se pudren.”

V. J. M., FI.

“[hay que] ir abriéndola un poquito desde hora y punto que se vaya haciendo una planta buena y sin cortarles ramas gordas porque se concadece, se estropea, empieza a tener un conqui”.

M. F., CL.

Lo sistemático de las podas y el periodo de tiempo relativamente corto transcurrido entre las rotaciones o giros en el laboreo y poda de cada hoja, unos cinco años, hacía que no fueran necesarios cortes de gran diámetro, porque las ramas no habían llegado a desarrollar gran grosor. También es cierto que había lugares, tierras de peor calidad, sierras, etc. en que el periodo de labor era más largo, pero no es menos verdad que en ellas el desarrollo de los árboles también era más lento, por las características del suelo. Aparte de todo ello, había de darse un tipo de corte que fuera el menos dañino para el árbol, que no fuera plano, sino sesgado, según las gentes de la zona, corte de oreja de mula, que evitaba desgarros y podía permitir que el agua corriera por el corte y no se estancara llevando a la pudrición.

“El corte de la encina tiene que ser sesgao. Pudrir, pudre de todas formas pero varía porque de una forma se encharca y de la otra escurre el agua. La piel, cuando se corta, se seca un deo de piel de atrás y en ese tiempo que dura el corte sin pudrir pos le da tiempo a la verde a empujar p´arriba a la seca y queda rebordeao el corte, y tarda más en pudrirse, por eso los cortes mientras más chicos sean, mejor.”

M. F., SI.

La tala del alcornoque presentaba diferencias con la de la encina. Por una parte ya se ha reseñado la conveniencia de dejar algo más protegido el tronco. Con mayor motivo que en la encina, no se debía cortar ramas de segunda cruz, es decir, las que se ramifican tras la cruz u horcaja, pues hasta ellas se puede extraer corcho. Además no se podía talar los dos años anteriores y posteriores a la saca, para que el árbol soportara bien esa crisis y por otros motivos. De estas y otras diferencias nos hablan los *descorchaores*:

“Los alcornokes tardan más en pudrir porque la madera es más adaptá a la atmósfera, el agua o a lo que sea y tarda más en pudrir. Si se corta joven, rebordea pronto y tarda en pudrirse.”

M. F., SI.

“Se va abutagando, se quiebra mu pronto la rama, no te puedes poner, como en la encina, en una bajera, en un punta cortando porque se estallan ensegúa y luego tienes que darle un espunte.”

“Según le vaya tocando, por ejemplo, este año le toca descorcharse, al corriente [al siguiente] se puede talar ya porque ya lleva ocho años por delante pa cuando venga otra vez el corcho. Antes de los ocho años se le puede talar. Se descorchaba y al otro año si le tocaba pos se talaba, había que limpiarlo, hasta que había poca comía y eso. Se volvía a talar sin castigarlo mucho, se le daba cuatro puntás por arriba, sin llegar a las ramas de los corchos. Segunda poda si se quiere, si no, no. A los ocho años una tala o poda y si hacía falta se le daba dos o un año antes de la saca sin castigar el corcho. La rama no se puede cortar a rape del corcho porque llega la savia al corcho y no corre cuando se vaya a sacar. Si este año se ha talao y a ese alcornoque hay que darle un espunte, hay que dejarle un trozo porque el mismo año se va a sacar y el corcho no corre de ninguna manera. Feo queda feísimo, pero si quieres que el árbol se dé en condiciones cuando se vaya a sacar pos tiene que ser así, porque se llega descorchando hasta el muñón. Eso se pudre solo, le va entrando el agua y se caen muchos peazos y llega al troncón. Bueno no es. A muchos alconques había que hacerles un desagüe, que se le metía en un agujero el agua, pa que salga el agua.

“En el alcornoque no te puedes poner a limpiar en la orilla, y en la encina con una ramina puede con un hombre encima. Aunque tú veas al bornizo gordo, la rama es delgá y esa se va. El alcornoque es el despunte. No tiene ramas de primera pa caer, echa menos que la encina. Pa podarlo es el despunte na más. El despunte beneficia a to el árbol, no se le caen ramas de primera, porque hay alcornoques que tienen hasta cinco y seis y siete ramas y las tienen porque no se le han podío caer, y la encina no ves ninguna con seis o siete ramas porque se le caen.”

D. A., Mn.

En cuanto a los quejigos, su poda era totalmente diferente, pues al recuperar su ramaje sin más problemas pasados dos o tres años tras el corte, se podaban a desmoche, es decir, se podían cortar ramas gordas, quedando sólo el inicio de las ramas tras el tronco o cruz, pues rebrotarían y darían bellota pronto.

Como vimos, existía un importante acervo de conocimientos acerca de los momentos y las técnicas de tala que tenían en cuenta los peligros de los diferentes tipos de corte. No obstante, al igual que sucedía con las entresacas, podemos constatar daños en los árboles debido al interés de los dueños por el carbón, lo que hacía que se cortaran ramas gordas. Esto se dio sobre todo en la posguerra inmediata. De ello nos da cuenta el estado actual de la arboleda, sobre todo en la zona occidental de la comarca (como ejemplo señero algunas fincas de Segura de León) con encinas a las que les faltan ramas importantes y que presentan grandes huecas, formas tortuosas y poca salud.

Las grandes extensiones de arboleda y lo sistemático de las labores de

poda hacían que anualmente hubiera un número importante de hombres dedicados a la tala. Al ser una tarea más compleja, que requería más conocimiento que otros trabajos eventuales, por ejemplo la siega, no todos tenían la misma pericia ni eran llamados para tal menester. Aquí los buenos *talaos* estaban más significados del resto de *talaos*. Ahora bien, para evitar que la impericia de algunos supusiese problemas para la correcta realización de las podas, en todas las fincas se buscaba a *talaos* de probada capacidad que dirigieran la tarea, dieran indicaciones y decidieran en última instancia qué hacer con cada árbol, qué ramas cortar y cuáles dejar. Esto lo hacían los manijeros, pero no sólo ellos, pues en una cuadrilla podía haber varios hombres bien cualificados para la poda y podían aconsejar a los otros compañeros. Eran estas gentes las principales depositarias de los saberes locales sobre la arboleda y su manejo, de las técnicas y de los criterios, de los cánones sobre la forma y la estética del árbol.

Dependiendo del tipo de fincas, variaba el perfil del *talaó*. Así, los pequeños propietarios, los campesinos dueños de unas pocas fanegas de encinar, podían talar ellos mismos, a veces a ratos perdidos, para aprovechar el tiempo y también para ir permitiendo que su ganado fuera aprovechando poco a poco el ramón. Otras explotaciones campesinas podían permitirse contratar a uno o dos *talaos* para hacerle su hoja de tala. En las grandes fincas eran ya cuadrillas de *talaos* que podían llegar a un número de 40 incluso, encabezadas por el manijero. El número variaba no sólo según la extensión que limpiar sino también del tiempo en que se dilatara la tala atendiendo, por ejemplo, a satisfacer poco a poca las necesidades del ganado o, por el contrario, a aligerar en la poda, para poder barbechar, por ejemplo.

Fincas había en que los que talaban eran algunos empleados fijos que, cuando no tenían otra ocupación, iban talando. Esto lo constatamos sobre todo en la zona de Fuentes y Segura y apenas se daba en la zona oriental. Lo que sí solía suceder es que el manijero, si no fijo, sí era un jornalero que se empleaba con frecuencia en la finca, un trabajador al que se solía llamar siempre que hicieran falta brazos para ciertas tareas y, así, podía ser también manijero de la siega o de la arranca de monte u otros menesteres temporales.

“Yo estaba desde octubre o noviembre, que entraba con los cochinos en la bellota, hasta febrero que los pesaban, ya gordos, y luego ya empezaba la tala y estaba hasta últimos de marzo talando. Me llevaba cinco o seis meses con ella [la dueña], en el Baldío, que son alreó de 1.500 fanegas de tierra. Luego ya me hizo encargao de la tala y buscaba to los años aquí en el pueblo a diez o doce y nos llevábamos allí tres meses talando.”

L. A., Mt.

El manijero era un *talaó* con conocimientos y habilidad reconocidos, en cuya familia solía haber antecedentes en el oficio. Su función era la de guiar los trabajos, como hemos dicho. Además de señalar el comienzo y final de la jornada y los tiempos de descanso, decidía por dónde comenzar, qué chaparros entresacar o qué ramas eliminar cuando los *talaos* no lo tuvieran claro. A veces el guarda

supervisaba también la tala o hacía las veces de manijero en fincas no demasiado grandes. También podía ser el que se ocupaba de pagar a los trabajadores, aunque otras veces el que hacía esto era el encargado, llamado capataz en Fuentes y Segura. Cuando había un cierto número de *talaos*, el manijero no se subía a talar, sólo se ocupaba en las tareas antedichas y en alguna otra cuestión como, a veces, estar pendiente de la candela o la comida de los *talaos* que estuviese en la candela.

“El manijero trabajaba en esas cosas, sí... si había ocho, diez o quince hombres y tenía que limpiar o tenía alguna cosa pos estaba casi a la vista del personal y no trabaja mucho, el manijero no trabajaba ya tanto como el otro, según los que hubiera pos así hacía. El manijero desde luego nunca se subía en las encinas, limpiar no limpiaba el manijero porque eso era a collera, se subían dos en una encina, acolleraos, “bueno pos a esta encina le cortáis esto, pos esta paje que se le va a quedar mucho portillo, aquí no se puede tumbar esto, la otra...” lo llamaban al manijero y el manijero iba señalando lo que tenía que ir cortando y el capataz le pagaba los sábados a los mozos y llevaba la cuenta de lo que había gastao en la semana de la gente”

B. J., Fl.

El manijero era el que buscaba la cuadrilla, aunque en ello el guarda también pudiera tener parte. En cualquier caso, otros jornaleros que fueran recurrentes en la finca, acudían a la tala, así como los hijos de empleados fijos que no tuvieran trabajo. En general, los *talaos* eran jornaleros y, en algunos casos, colonos, aunque en la zona occidental podían ser los mozos incluso.

“Aquí na, que estaban en el campo, ese mismo que está en el sitio se hacía cargo de una piara de guarros, luego se ponía a talar y el resto del año pos... que si las paredes, que si quitar monte o algo... y estaban metíos to el año, un poquillo de carbón en el verano con la leña de la tala lo hacían ellos también, y eso es lo que ganaban..”

A. J., Fl.

“Yo me tiraba cuarenta días talando en Las Cabezas. Íbamos casi tos los años los mismos porque sabían los que eran capaces de hacer la que había que hacer. Se metía alguno nuevo también como cuando yo empecé que era mozo. Eso ya nos conocemos de unos en otros y sabemos quién es capaz de hacer un trabajo, porque hay a quien le da miedo de subirse en un árbol y otros que pasaban por algunos árboles y decían “no, en esta no me subo yo” y había que dejarlo pasar, no lo ibas a mandar a casa. Entonces iban otros y se subían porque por lo regular iban dos compañeros casi siempre, en los árboles grandes, en los más chicos uno. Teníamos manijero y también talaba..”

M. F., Cl.

En efecto, en las cuadrillas los *talaos* solían ir por colleras, subiéndose dos en cada encina. Con ello se conseguía que pudieran hacer una mejor poda de cada árbol, desde distintas perspectivas, bajándose por ejemplo uno de ellos para

mirar alguna rama. También era una forma de ir enseñando a los nuevos, a los aprendices, a los que se ponía junto a un *talaó* experto.

La tala la hacían las fincas a jornal. Pocos casos se nos han dado de jornaleros que talaran a cambio de la leña en alguna finca. No obstante encontramos estos peones de tala por leña en lugares muy distantes de la comarca, desde Bodonal a Santa María, unas veces por leña para las casas y otras para algún horno. También nos topamos con algún caso, en Santa María de Navas, en que se talaban los alcornoques a cambio del bornizo, el corcho de las ramas pequeñas o el que hubiera en el suelo.

Los manijeros cobraban el mismo sueldo que el resto, si acaso muy poco más. La retribución de los *talaos* era el jornal más un carga diaria de taramas, de las ramas más pequeñas resultantes de la poda, y una carga semanal de leña gorda. No obstante, había algunas fincas en que esto no era así y sólo recibían leña menuda y a veces solamente el jornal. Esa leña se destinaba al consumo de las casas de los jornaleros y, en algunos casos, podían vender la que les sobrara o hacer carbón.

“En los cortijos le daban su sueldo diario y una carga de taramas diaria que se las llevaban al horno que se las recogía y le daba un pan o dos, y los sábados una carga de leña pa su casa o pa vender. Leña no se metía a los hornos..”

B. N., Cl.

“Había muchos hornos pero chicos, porque la gente ganaban, los obreros, a lo mejor a la semana una carga de leña, el que estaba talando, y entonces la metían en los corrales de las casas y cuando ya terminaba el tío de limpiar, que llegaba el tiempo de hacer carbón, lo sacaba y hacía el carbón. Luego lo vendían ellos, a lo mejor hacían dos mil kilos o una cosa así. Aparte del sueldo ganaban una carga de leña, si no la quería vender pos la guardaba y hacía carbón.”

S. F., Fl.

Ésta era la única leña que retazaban los *talaos*, pues su función consistía solamente en caer las ramas de las encinas. Del resto habrían de ocuparse los carboneros o empleados de las fincas, por ejemplo los mozos de mulas, los días que tuviesen menos trabajo. En este sentido, hay un dicho muy frecuente en los pueblos de la comarca y no es otro que el de *Agua, Dios, y venga mayo*, que en Pallares nos explican como el dicho de un mozo de mulas que celebraría así el no tener que ir a arar por estar lloviendo. La contestación del amo sería: *Agua, Dios, y mayo venga, que si no vas a arar irás por leña*.

Los *talaos* solían ser del pueblo más cercano a la finca aunque, evidentemente, no tenía por qué coincidir con el término municipal en que ésta se asentase. Por ejemplo, a la finca Mejías, en término de Fuente de Cantos, iban los *talaos* de Calera, entre otras cosas porque en Fuente de Cantos, al no haber arboleda, no había *talaos*, a diferencia de lo que sucedía en Calera. Algún caso, poco usual, hemos constatado de alguna cuadrilla que fuera a pueblos alejados a talar, normalmente porque el dueño de la finca tuviera relación con fincas de otros

pueblos de los que eran los *talaores* y les gustase cómo hacían la poda. En cualquier caso, a veces las fincas estaban muy distantes del pueblo como para ir y venir en el día, por lo que las cuadrillas se quedaban en las tribunas de los cortijos, estancias consistentes en una nave, un salón corrido en el que había una chimenea, estacas clavadas en la pared para colgar las pertenencias y, en algún caso, un poyo a lo largo de la pared. En algunas existía un pequeño cuarto para el *aperaó*, pues de las tribunas hacían uso frecuente los mozos de mulas, sobre todo cuando el amo tenía varias fincas y se desplazaban de una a otra. En estas tribunas, sobre jergones, o sacos de paja en el suelo, dormían los trabajadores y en ellas cocinaban, desayunaban y cenaban.

Si atendemos al orden de aprovechamiento, el primer producto de la tala era el ramón. Ya vimos cómo la ausencia de alimento en épocas críticas hacía que la tala se adelantara, o a veces sólo que se cortaran algunas ramas de árboles para ir dando de comer al ganado. Asimismo, se procuraba ajustar el ritmo y la intensidad de la tala al aprovechamiento que los rumiantes fueran haciendo de las ramas, de tal manera que cuando se fueran a hacer leña, ya no tuvieran hojas.

Si bien las hojas de las quercíneas eran un aporte interesante en el invierno, cuando había poca hierba, su contribución a la dieta del ganado no era muy alta en general. Las características de la vegetación durilignosa, la esclerofilia mediterránea, suponían una gran inversión de las plantas y árboles en raíces, troncos y estructuras de sostén, por lo que las hojas en sí almacenaban poca cantidad de los materiales que resultaran más interesantes para la alimentación animal. Fuera parte de los cochinos, que ni siquiera comen las hojas, los rumiantes tienen capacidad de ingerir ramón sólo hasta una cierta parte de su ración: 90% la cabra, 50% la vaca y 20-30% la oveja (Montoya, 1989:83). Por eso, en el caso de vacas y ovejas, las ramas eran un complemento aunque, eso sí, resultase muy atractivo ante la escasez de pastos naturales. El frío también hacía que los animales consumieran más el ramón.

Hechas estas consideraciones, hay que decir que los rumiantes aprovechaban a pie de árbol las ramas caídas, para lo cual eran conducidos a las hojas de tala por los ganaderos, lo cual garantizaba un mejor aprovechamiento, más integral. Donde existían cercas, sobre todo en la zona occidental, el ganado podía aprovechar las ramas sin custodia. Un caso curioso es el de los ganaderos sin tierras, los piareros, que podían dar algún que otro picotazo en el ramón de las talas, como nos cuenta este piarero de Fuente de Cantos, que merodeaba hasta por las tierras de encinar linderas con Calera.

“ [Íbamos a] esos Mejías que venían gente de la Calera y nosotros íbamos allí y comían los animales de los carrascos esos. Teníamos que ponernos en un punto a ver dónde estaba el guarda. Que no estaba, pos nosotros le dábamos un poco, a lo mejor una o dos horas y luego ya nos salíamos y nos íbamos pa otro lao.”

J., Fc.

El siguiente aprovechamiento era el de la leña para la candela, tanto la leña menuda, las ramas más pequeñas, llamadas en la zona taramas u hornijas, según

los pueblos. Esta leña menuda era imprescindible en todas las candelas, para iniciar la combustión y ayudar a prender los leños, o ramas de mayor grosor. Asimismo, las taramas u hornijas eran las que se empleaban en los hornos, ya fueran de pan, cal o ladrillos, pues se requería leña menuda por ser más fácil regular la cantidad de llama y calor que se precisaba en cada momento. La palabra hornija derivaría de ese uso en los hornos. Igualmente, eran la materia prima para la elaboración del cisco, como veremos. La leña gorda, leños o troncos se usaba para las candelas y también para la fabricación del carbón. También podía servir para alimentar los generadores de luz eléctrica, las fábricas de la luz.

“La leña se llevaba a la fábrica, tenía unos motores que andaban con leña, con unas calderas grandes, el vapor era el que hacía andar, y la luz la producían ahí.

...en aquellos años, como había poco pa casa, na más que las taramas y la miaja de picón, la leña eran mu pocas casas las que usaban la leña [...] si estabas talando y ganabas una carga o dos de leña a la semana pos esa la llevabas a la fábrica, tú te aviabas con las cuatro taramas y la miaja picón y ya está, la leña había que venderla entonces”

B. J., Fl.

En cuanto al acceso a la leña gorda en las fincas, una parte se empleaba para las candelas de las propias fincas y de las casas de los dueños. De cortarla y transportarla se encargaban los campesinos o los empleados de las fincas, según el tipo de explotación de que se tratase. Otra parte era la que se daba como pago, en algunos casos a los trabajadores, ya sea como parte del jornal, o como pago por la limpieza de los árboles. En alguna finca se vendían *retazos* a los vecinos de los pueblos; es decir, la leña caída por los *talaos* que había sobre una determinada extensión de terreno. No era lo más frecuente que los dueños de fincas vendiesen leña, por ejemplo para hacer cisco, pero también se constata y el pago eran en metálico o bien a cambio de sacos de cisco. Los empleados fijos de la finca tenían también leña, ya fuera de las talas o, más bien, de alguna encina que se secura y que les dejasen caer, como una ayuda más. Taramas para picón también les solían dar, a veces a cambio de limpiar.

Allá donde se hacía carbón, lo usual era que los dueños hicieran tratos con carboneros, como habremos de ver más adelante, que se quedaban con toda la leña, taramas y leña gorda. En la mayoría de pueblos el carbonero no solía hacer picón para la venta, y acostumbraba a vender o, en menor medida, regalar, la leña a jornaleros, sobre todo si se trataba de tajos en fincas alejadas de los pueblos. Lo mismo se puede decir del caso en que la leña era del dueño pero también quedaba lejos de los pueblos. La leña gorda era toda para carbón.

“Había veces que sobraban hornijas y hacía pa vender pero no mucho. La hornija la aprovechaban los compromisos que tenía, a los que estaban trabajando en la finca pa el avío de casa, pero la demás pa las amistades de unos y de otros.”

M. M., Sl.

Es muy recurrente utilizar en estas tierras la palabra compromisos para referirse a las gentes con las que se tenía algún tipo de obligación, por la cual se le daba parte en algún bien. Dependiendo de la posición relativa de los intervinientes en el intercambio del don, puede tratarse de manifestación de una forma de amistad, cuando se trata de parientes, amigos, vecinos, etc. o una cierta forma de patronazgo, de mecanismo de control social. Sucede también, por ejemplo, con la cesión de tierras para cultivo. Tanto en el permiso para coger leña, taramas en este caso, como en la cesión de tierras a renta, se trata de un bien escaso que el donante tiene el poder de otorgar al que lo recibe, y supone un intento de moralizar una relación económica, de dependencia. A través de esa cesión, el recipiario queda agradecido y obligado con el dador, por ejemplo atenuando la beligerancia o mostrando una consideración. Es una forma de mantener la aceptación de la situación de dominación, mediante las prebendas que el receptor consigue. En esta lista de compromisos de las fincas estarían sus propios trabajadores o los familiares de estos, o los eventuales con una relación recurrente con la explotación. El acceso a estos recursos por otras vías distintas a éstas o al pago no era frecuente. Los trabajadores no solían robar leña ya caída por los *talaos*. Se llevaban aquella leña que ellos arrancaban o cortaban del monte, lo que la naturaleza espontáneamente producía y ellos, mediante su propio trabajo, tomaban, pero que no había sido transformado en leña por el trabajo de otros, lo que moralmente no era aceptado en el universo social jornalero.

Como de los procesos de transformación, en este caso de leña, se habla en otro epígrafe, aquí sólo haremos referencia a los otros usos que la madera de las quercíneas tenía. Aunque por las características de los árboles sus productos eran poco maderables y trabajables, sí existían algunas aplicaciones muy interesantes en la zona. De las ramas y troncos de las encinas se hacían estacas, asientos y tajos o marros para partir y retazar, por ejemplo la carne o leña, así como palancas para sujetar parrones o construir chozas. También era muy apreciada la madera de encina, una vez curada bajo tierra, para que no se rajara, para fabricar cazuelas y cucharas. Cuando se cortaba un tronco que tuviera alguna verruga, se podía solía aprovechar para hacer una cazuela, en algunos lugares se avisaba incluso al que supiera hacer cazuelas, o las gentes las pedían esas verrugas para labrarlas. Se hacían también mazas, por ejemplo para clavar las estacas de la red de las ovejas, piezas para ciertos aperos, como es el caso de arados o ganchos, cangallas o angarillones (estructuras que se colocaban sobre las bestias para transportar leña o haces de mieses) o piezas de carros.

“Los carros tenían llantas de hierro y lo otro [el resto de la rueda] de encina, que iban a por la madera a Segura, a Cabeza la Vaca, cuando había las talas, en las umbrías que hicieran mejor la madera pos de allí pa la pina, la maza y los limones.”

C. J., Fc.

“...entonces había los aperaores que eran los que hacían los araos de palo, los que hacían los yugos, las cangas, eso era de eucalipto y encina, era más dura. Los araos de encina, la tranca del arao también de encina. Entonces los